

comprando muy ricas armas,
jaeces para caballos.
—Presos, presos, caballeros
presos, presos, hijosdalgo.
—No por vos, el Almirante,
si de otro nõ traéis mandado.
—Estad presos, caballeros,
que del rey traigo recaudo.
—Plácenos, el Almirante,
por cumplir el su mandado.—
Por las sus jornadas ciertas
en Jaén habían entrado.
—Manténgate Dios, el rey.
—Mal vengades, hijosdalgo.—
Mándales cortar los piés,
mándales cortar las manos,
y mándalos despeñar
de aquella peña de Martos.
Allí hablara el uno d'ellos
el menor y más osado:
—¿Por qué lo haces, el rey?
¿Por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el rey,
para ante Dios soberano,
que dentro de treinta días
vais con nosotros á plazo;
y ponemos por testigos
á San Pedro y á San Pablo:
por escribano ponemos
al apóstol Santiago.—
El rey no mirando en ello
hizo cumplir su mandado
por la falsa información
que los villanos le han dado,
y muertos los Carvajales,
que le habían emplazado,

antes de los treinta días
él se hallara muy malo:
y desque fueron cumplidos,
en el postrer día del plazo
fué muerto dentro en León
do la sentencia hubo dado.

XIV

Mata D. Pedro á su hermano D. Fadrique, y
prende á D.^a Blanca su esposa, porque lloraba
la muerte de su cuñado.

(Anónimo)

—Yo me estaba allá en Coímbra
que yo me la hube ganado,
cuando me vinieron cartas
del rey don Pedro mi hermano
que fuése á ver los torneos
que en Sevilla se han armado.
Yo, Maestre sin ventura,
yo, Maestre desdichado,
tomara trece de mula,
veinte y cinco de caballo,
todos con cadenas de oro
y jubones de brocado:
jornada de quince días
en ocho la había andado.
Á la pasada de un río,
pasándole por el vado,
cayó mi mula conmigo,
perdí mi puñal dorado,
ahogáraseme un paje
de los míos más privado,

criado era en mi sala
y de mi muy regalado.
Con todas estas desdichas
á Sevilla hube llegado;
á la puerta Macarena
encontréme un ordenado,
ordenado de Evangelio,
que misa no había cantado:
—Manténgate Dios, Maestre,
Maestre, bien seáis llegado,
hoy te ha nacido un hijo,
hoy cumples veinte y un años.
Si te pluguiese, Maestre,
volvamos á baptizallo,
que yo sería el padrino,
tú, Maestre, el ahijado.—
Allí hablara el Maestre,
bien oiréis lo que ha hablado:
—No me lo mandéis, señor,
padre, no queráis mandallo,
que voy á ver qué me quiere
el rey don Pedro mi hermano.—
Dí de espuelas á mi mula,
en Sevilla me hube entrado;
de que no ví tela puesta
ni ví caballero armado,
partíme para el alcázar
del rey don Pedro mi hermano.
En entrando por las puertas,
las puertas me habían cerrado,
quitáronme la mi espada,
la que yo traía al lado,
quitáronme mi compañía
la que me había acompañado.
Los míos desde esto vieron
de traición me han avisado,

que me saliese por fuera
que ellos me pondrían en salvo.
Yo como estaba sin culpa
de nada hube curado,
fuíme para el aposento
del rey don Pedro mi hermano:
—Manténgaos Dios, el buen rey,
y á todos de cabo á cabo.
—En mal hora vengáis, Maestre,
Maestre, mal seáis llegado:
nunca nos venís á ver
sino una vez en el año,
y esa que venís, Maestre,
es por fuerza ó por mandado.
Vuestra cabeza, Maestre,
mandada está en aguinaldo.
—¿Por qué es aqueoso, buen rey?
Nunca hice desaguisado,
ni os dejé yo en la lid,
ni con moros peleando.
—Venid acá, mis porteros,
hágase lo que he mandado.—
Aún no lo hubo bien dicho,
la cabeza le han cortado;
á doña María de Padilla
en un plato la han enviado,
qu' así hablaba con ella
cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
d' esta suerte está hablando:
—Así pagaréis, traidor,
lo de antaño y lo de hogaño,
y el mal consejo que diste
al rey don Pedro tu hermano.—
Asióla por los cabellos,
echósela á un alano;

el alano es del Maestre,
 púsola sobre un estrado,
 y á los aullidos que daba
 atronó todo el palacio.
 Allí demandara el rey:
 —¿Quién hace mal á ese alano?—
 Allí respondieron todos
 á los cuales ha pesado:
 —Con la cabeza lo ha
 del Maestre vuestro hermano.—
 Allí hablara una su tía
 que tía era de entrambos:
 —¡Cuán mal lo mirastes, rey!
 rey ¡qué mal lo habéis mirado!
 por una mala mujer
 habéis muerto un tal hermano.—
 Aún no lo había bien dicho,
 cuando ya le había pesado.
 Fuése para doña María,
 d'esta suerte le ha hablado:
 —Prendedla, mis caballeros,
 ponédmela á buen recaudo.
 Yo la daré tal castigo
 que á todos sea sonado.—
 En cárceles muy oscuras
 allí la había aprisionado;
 él mismo le da á comer,
 él mismo con la su mano:
 no se la fia á ninguno
 sino á un paje que ha criado.

XV

Visión que tuvo el rey don Pedro para ver de
 convertirse á Dios

(Anónimo)

Por los campos de Jerez
 á caza va el rey don Pedro:
 en llegando á una laguna
 allí quiso ver un vuelo.
 Vido volar una garza,
 disparóla un sacre nuevo,
 remontárale un nebli,
 á sus piés cayera muerto.
 Á sus piés cayó el nebli,
 túvolo por mal agüero.
 Tanto volaba la garza,
 parece llegar al cielo.
 Por donde la garza sube
 vió bajar un bulto negro;
 mientras más se acerca el bulto,
 más temor le va poniendo:
 con el abajarse tanto,
 parece llegar al suelo
 delante de su caballo
 á cinco pasos de trecho:
 dél salió un pastorcico,
 sale llorando y gimiendo,
 la cabeza desgñada,
 revuelto trae el cabello,
 con los piés llenos de abrojos
 y el cuerpo lleno de vello;
 en su mano una culebra
 y en la otra un puñal sangriento;

en el hombro una mortaja,
 una calavera al cuello:
 á su lado de trailla
 traía un perro negro:
 los aullidos que daba
 á todos ponían gran miedo,
 y á grandes voces decía:
 —Morirás, el rey don Pedro,
 que mataste sin justicia
 los mejores de tu reino:
 mataste tu propio hermano
 el Maestre, sin consejo,
 y desterraste á tu madre:
 á Dios darás cuenta d'ello.
 Tienes presa á doña Blanca,
 enojaste á Dios por ello,
 que si tornas á quererla
 darte há Dios un heredero,
 y si no, por cierto sepas
 te vendrá desmán por ello:
 serán malas las tus hijas
 por tu culpa y mal gobierno,
 y tu hermano don Enrique
 te habrá de heredar el reino:
 morirás á puñaladas:
 tu casa será el infierno.—
 Todo esto recontado,
 desapareció el bulto negro.

XVI

Á ruego de la Padilla hace el rey D. Pedro
 matar á su esposa D.^a Blanca

(Anónimo)

—Doña María Padilla,
 n'os mostréis tan triste vos,

que si me casé dos veces
 hícelo por vuestra pro,
 y por hacer menosprecio
 á esa Blanca de Borbón,
 que á Medinasidonia envió
 á que me labre un pendón.
 Será el color de su sangre,
 de lágrimas la labor.
 Tal pendón, doña María,
 yo lo haré hacer para vos.—
 Llamó luego á Íñigo Ortiz,
 un excelente varón:
 díjole fuése á Medina
 á dar fin á tal labor.
 Respondiera Íñigo Ortiz:
 —Aqueso no lo haré yo,
 que quien mata á su señora
 face aleve á su señor.—
 El rey d'aquesto enojado
 á su cámara se entró,
 y á un balletero de maza
 el rey su ordenanza dió.
 Aqueste vino á la reina
 y hallóla en oración.
 Cuando vido al balletero
 la su triste muerte vió.
 Aquél le dijo:—Señora,
 el rey acá me envió
 á que ordenéis vuestra alma
 con aquel que la crió,
 que vuestra hora es llegada,
 no puedo alargalla yo.
 —Amigo, dijo la reina,
 mi muerte os perdono yo:
 si el rey mi señor lo manda,
 hágase lo que ordenó.

Confesión no se me niegue,
 porque pida á Dios perdón.—
 Con lágrimas y gemidos
 al macero enterneció,
 y con voz flaca, temblando,
 esto á decir comenzó:
 —¡ Oh Francia, mi noble tierra!
 ¡ Oh mi sangre de Borbón!
 Hoy cumplo dezisiete años
 y en los deziocho voy:
 el rey no me ha conocido,
 con las vírgenes me voy.
 Castilla, dí, ¿ qué te hice?
 Yo no te hice traición.
 Las coronas que me diste
 de sangre y suspiros son;
 mas otra terné en el cielo,
 que será de más valor.—
 Y dichas estas palabras
 el macero la hirió:
 los sesos de su cabeza
 por la sala los sembró.

XVII

El prior de San Juan astutamente burla las ase-
 chanzas del rey D. Pedro el Cruel, y evita
 que se apodere del castillo de Consuegra.

(Anónimo)

Don García de Padilla,
 ese que Dios perdonase,
 tomara al rey por la mano,
 y apartólo en puridade:

— Un castillo hay en Consuegra,
 qu'en el mundo no hay su pare.
 Mejor es para vos, rey,
 que lo sabréis sustentare.
 No sufráis más que le tenga
 ese prior de San Juane:
 convidédesle, buen rey,
 convidédesle á yantare.
 La comida que le dierdes,
 como dió Toro á don Juane,
 que le cortéis la cabeza
 sin ninguna piedade:
 desque se la hayáis cortado,
 en tenencia me lo dades.—
 Ellos en aquesto estando
 el Prior llegado hae.
 —Mantenga Dios á tu Alteza
 y á tu corona reale.
 —Bien vengades, buen Prior;
 digádesme la verdade:
 ¿ el castillo de Consuegra
 sepamos por quién estae?
 —El castillo con la villa,
 señor, á vuestro mandare.—
 —Pues convidoos, el Prior,
 para conmigo yantare.—
 —Pláceme, dijo, buen rey,
 de muy buena voluntade:
 déme licencia tu Alteza,
 licencia me quiera dare:
 monjes nuevos son venidos
 irélos á aposentare.
 —Vais con Dios, Hernán Rodrigo:
 luégo os queráis tornare.—
 Vase luégo á la cocina,
 do su cocinero estae:

así habla con él,
 como si fuera su igual:
 —Tomes estos mis vestidos,
 los tuyos me quieras dare,
 y á hora de media noche
 salirte has á paseare. —
 Vase á la caballeriza
 do su macho fué á hallare.
 —¡Macho rucio, macho rucio,
 Dios te me quiera guardare!
 Ya de dos me has escapado,
 con aquesta tres serane;
 si de aquesta tú me escapas
 luégo te entiendo aforrare. —
 Presto le echara la silla,
 comienza de cabalgare;
 en allegando á Azoguejo
 comenzó el macho á roznare:
 media noche era por filo,
 los gallos querían cantare,
 cuando entraba por Toledo,
 por Toledo, esa ciudade:
 antes que cantara el gallo
 á Consuegra fué á llegare.
 Halló las guardas velando,
 comiéntales de hablare:
 —Digádesme, veladores,
 digádesme la verdade:
 ¿el castillo de Consuegra
 si sabéis por quién estae?
 —El castillo con la villa
 por el prior de San Juane.
 —Pues abrid luégo las puertas;
 catalde aquí donde estae. —
 La guarda desque lo oyó
 abriólas de par en pare.

—Tomases allá ese macho,
 d'él muy bien quieras curare:
 déjesme la vela á mí,
 que yo la quiero velare.
 ¡Velá, velá, veladores,
 así mala rabia os mate;
 que quien á buen señor sirve
 este galardón le dane. —
 El Prior estando en esto
 el rey que llegado hae,
 halló las guardas velando,
 comenzóles de hablare.
 —Decidme, los veladores,
 que Dios os guarde de male,
 ¿el castillo de Consuegra
 por quién se tiene ó estae?
 —El castillo con la villa
 por el prior de San Juane.
 —Pues abrid luégo las puertas
 que veislo aquí donde estae.
 —Afuera, afuera, buen rey,
 qu'el Prior llegado hae. —
 —¡Macho rucio, dijo el rey,
 muermo te quiera matare!
 Siete caballos me has muerto
 y con este ocho serane.
 Abreme tú, buen Prior,
 allá me dejes entrare:
 por mi corona te juro
 de no hacerte ningún male.
 Hacéroslo, el buen rey,
 agora en mi mano estae. —
 Mandárale abrir la puerta,
 dióle muy bien de cenare.

XVIII

X Muere el rey D. Pedro á manos de su hermano
bastardo D. Enrique

(Anónimo)

Los fieros cuerpos revueltos
entre los robustos brazos
están el cruel don Pedro
y don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
los que los dos se están dando,
que el uno tiene una daga
y otro un puñal acerado.
El rey tiene á Enrique estrecho
y Enrique al rey apretado,
uno en cólera encendido
y otro de rabia abrasado:
y en aquesta fiera lucha
sólo un testigo se ha hallado,
paje de espada de Enrique
que de afuera mira el caso.
Después de luchar vencidos
¡oh suceso desgraciado!
que ambos vinieron al suelo,
y Enrique cayó debajo.
Viendo el paje á su señor
en tan peligroso caso,
por detrás al rey se allega,
reciamente de él tirando,
diciendo: —No quito rey
ni pongo rey de mi mano,
pero hago lo que debo
al oficio de criado. —
Y dió con el rey de espaldas

y Enrique vino á lo alto,
hiriendo con un puñal
en el pecho del rey falso,
donde á vueltas de la sangre,
el vital hilo cortando,
salió el alma más cruel
que vivió en pecho cristiano.

XIX

X Lamentan los leales castellanos la muerte de su
rey D. Pedro, y los traidores partidarios del
bastardo D. Enrique la celebran.

(Anónimo)

Á los piés de don Enrique
yace muerto el rey don Pedro,
más que por su valentía,
por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
el pié le puso en el cuello,
que aun allí no está seguro
de aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
á no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
á compasión y contento,
mezclados unos con otros
corren á ver el suceso;
«y los de Enrique
»cantan, repican y gritan:
»viva Enrique; y los de Pedro

»clamorean, doblan, lloran
»su rey muerto.»

Unos dicen que fué justo,
otros dicen que mal hecho,
que el rey no es cruel si nace
en tiempo que importa serlo,
y que no es razón que el vulgo
con el rey éntre á consejo,
á ver si casos tan graves
han sido bien ó mal hechos;
y que los yerros de amor
son tan dorados y bellos,
cuanto la hermosa Padilla
ha quedado por ejemplo;
que nadie verá sus ojos
que no tenga al rey por cuerdo,
mientras que como otro Rodrigo
no puso fuego á su reino:
«y los de Enrique» etc.

Los que con ánimos viles,
ó por lisonja ó por miedo,
siendo del bando vencido
al vencedor siguen luégo,
valiente llaman á Enrique,
y á Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto.

La tragedia del Maestre,
la muerte del hijo tierno,
la prisión de doña Blanca,
sirven de infame proceso.

Algunos pocos leales
dan voces, pidiendo al cielo
justicia, pidiendo al rey,
y mientras que dicen esto,
«los de Enrique» etc.

Llora la hermosa Padilla
el desdichado suceso
como esclava del rey vivo,
y como viuda del muerto.
¡Ay, Pedro, que muerte infame
te han dado malos consejos,
confianzas engañosas,
y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
y vió con triste silencio
llevar cubierto á su esposo
de sangre y de paños negros;
y que en otra parte á Enrique
le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos,
y los otros, instrumentos;
«y los de Enrique» etc.
Como acrecienta el dolor
la envidia del bien ageno,
y el ver á los enemigos
con favorable sucesso;
así la triste señora
llora y se deshace, viendo
cubierto á Pedro de sangre,
y Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
sin tener culpa el cabello,
y mezclando perlas y oro,
de oro y perlas cubrió el cuello:
quiso decir, Pedro, á voces,
villanos, vive en mi pecho,
mas poco le aprovechó;
y mientras lo está diciendo,
«los de Enrique» etc.
Rasgó las tocas mostrando
el blanco pecho encubierto,